27 de febrero de 2024

EL

CUBANO LIBRE.

"PATRIA Y LIBERTAD"

PERIODICO POLITICO INDEPENDIENTE

La heroica muerte del primer mambí

Dr. C Rafael Acosta de Arriba,
Biblioteca Nacional José Martí

Para muchos historiadores la deposición de Carlos Manuel de Céspedes como presidente de la República en Armas y su posterior muerte, abandonado y dejado sin protección en una montaña de la Sierra Maestra, fue un hecho que marcó de manera considerable el curso posterior de la primera de nuestras guerras por la independencia.

Después del hallazgo del parte militar español sobre el asalto a San Lorenzo y la publicación del diario póstumo de Carlos Manuel de Céspedes, fue posible reproducir, complementando otras informaciones, hasta los más pequeños detalles de aquella mañana fatal. San Lorenzo fue el lugar donde Céspedes redactó sus ideas finales sobre la Revolución y otros temas cardinales de aquella epopeya y, no menos importante, en esas páginas se reflejaron sus estados de ánimo y reflexiones más íntimas, que ayudan a calibrar el temple de aquel hombre excepcional. Aquel fue el terruño que regó con su sangre.

Según describió José Lacret Morlot años después de los sucesos, Céspedes y una reducida comitiva llegó a la prefectura de El Lagial, situada en las márgenes del río Contramaestre, en la noche del 23 de enero de 1874. El testimoniante, en su calidad de subprefecto de Guaninao, fue la autoridad mambisa encargada de atender al ex presidente de la República en Armas. Allí durmieron y a la mañana siguiente marcharon hacia San Lorenzo, distante una legua. En el predio se le ofreció a Céspedes un bohío en el que se alojó junto con su hijo, su cuñado y el fiel mulato Jesús Pavón, su asistente personal desde los mejores tiempos de La Demajagua. Se le asignó, además, una buena cocinera, Alejandrina, y Lacret anotó sobre ese primer instante de la llegada del expresidente, "los lugareños se disputaban a agasajarlo".

¿Cómo era el hombre que arribó a San Lorenzo? Una persona herida en su más profundo ser, con un balance de pérdidas familiares muy elevado, desgastado por la vida en la manigua, pero sobre todo por las luchas intestinas de la vanguardia patriótica, con fe viva en el triunfo de la causa independentista, que nunca perdió, aunque rebasados los estimados iniciales de una rápida victoria, contrariado y decepcionado por la posición calculadora del gobierno de los Estados Unidos que no acababa de reconocer la beligerancia de los patriotas; también frustrado y molesto ante la apatía de los liberales españoles que no justificaban ese título ante el caso cubano. Sin embargo, no era una persona derrotada y eso puede comprobarse en su correspondencia y diarios escritos en la cima de aquella montaña.

Comenzaron así los 35 días finales de la existencia del iniciador de la Revolución de 1868. Estaba rodeado por gente sencilla y humilde, y unos pocos mambises heridos en proceso de recuperación. Serán días en los que deambulará por las inmediaciones, realizará su última conquista amorosa (de la que quedará preñada su joven amante, Panchita Rodríguez, madre del último de sus hijos), enseñará a leer y escribir a unos niños y escribirá las últimas cartas y páginas de su diario de campaña.

Existe una decena de versiones sobre la caída en combate del bayamés, enfrentado a tiros de revólver contra un comando del ejército español, el batallón Cazadores de San Quintín, pero utilizaré en esta descripción el resultado del cotejo del parte español de la acción con las restantes versiones, algunas de las cuales, las menos, parecen apócrifas a todas luces o cuando menos increíbles. Este ejercicio de análisis y cruce de la información disponible, permite conformar un cuadro bastante objetivo de lo allí ocurrido.

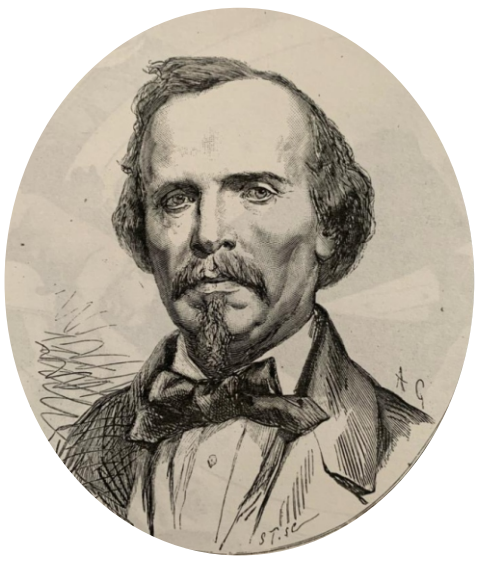
Sobre las siete de la mañana, hora del amanecer en la escarpada elevación de San Lorenzo, Jesús Pavón -fiel ayudante de cámara, aunque sería mejor decir en ese momento, de bohío o de campaña- despierta a Céspedes. Mientras esto ocurre, el batallón enemigo, que había desembarcado 24 horas antes por la Playa de Sevilla (costa sur de la Sierra Maestra), a bordo de las cañoneras Alarma y Cuba Española (procedentes del puerto de Santiago de Cuba), y ascendido con dificultad las elevaciones que conducían a San Lorenzo, tomó posiciones con sigilo teniendo a la vista el predio.

Céspedes comienza su cotidiano ritual de aseo matutino; decide no asistir a un almuerzo en casa de un campesino amigo que vive a varias leguas, debido a las fuertes lluvias del día anterior y las que saludan esa mañana; toma su café y comienza a escribir en su diario las tres cuartillas que serán las últimas que redactará. Sobre las 10 horas, Céspedes consume un frugal desayuno almuerzo serrano (costumbre de la vida mambisa), en compañía de su primogénito Carlos y probablemente del prefecto Lacret. Acto seguido, atraviesa solo y a pie el centenar y medio de metros que separan su bohío del que ocupan las hermanas Beatón, donde conversa con estas mujeres, amigas desde los viejos tiempos de Bayamo. En este lugar, Céspedes prosigue unas lecciones de alfabetización que ha impartido desde su llegada a un grupo de infantes del predio. Estando en esa faena, una niña que llega a pedirle un poco de sal a Panchita, descubre la presencia de los soldados españoles y da la voz de alarma. Comenzó así el drama de ese 27 de febrero.

Solamente quien no haya estado en San Lorenzo y desconozca la geografía y la topografía del lugar, puede dudar de que el operativo español tenía una misión bien determinada y que se valió de una información muy exacta. De otra forma, no se hubiesen desplegado los dos comandos (el de El Cobre llegó al punto, pero retardado) hasta un mísero caserío extraviado entre montañas poco menos que inaccesibles. Quizá, algún día, un documento ponga al descubierto la verdadera razón que llevó a la columna española de tropas élites al nido de águilas donde moraba el iniciador de la Revolución de 1868. Mientras eso no ocurra, el que escribe estas líneas es partidario de la hipótesis de que el refugio de Céspedes fue denunciado (ya sea por delación cubana -felonía y traición- o por trabajo eficaz del servicio de inteligencia español, o por ambos al mismo tiempo).

La mitad de la columna española se desplazó por el flanco derecho del cuadrilátero que conforma la explanada de San Lorenzo, en el mismo instante en que Céspedes sale del bohío revólver en mano, y emprende una veloz carrera para ponerse a resguardo. Lamentablemente, inició su escape en la dirección incorrecta. Los atacantes rompieron el fuego y Céspedes, quizás confundido por la sorpresa, quizás presintiendo que el enemigo ha llegado por el norte, avanza hacia el suroeste rompiendo el maniguazo y bordeando el claro. Un capitán, un sargento y cinco soldados lo persiguen directamente, mientras el resto de la columna invade el lugar. Dos disparos de su revólver y quizá de otro de los hombres lisiados del predio, fueron la respuesta a la balacera del batallón de San Quintín. El bayamés siguió avanzando, pero la distancia que lo separaba de sus perseguidores se acortaba por instantes. Era un hombre de 55 años, vital aún, pero ya desgastado por los cinco años de vida en la manigua y con la visión bastante debilitada. Corre y se vira para hacer un primer disparo, al que responden los españoles tirando al aire con la intención de cogerlo vivo. El capitán, a gritos, le conminó a entregarse. Céspedes se vuelve nuevamente y dispara sin detener la carrera. Uno de los soldados españoles, el sargento Felipe González Ferrer, casi se le encima y el bayamés, sintiéndolo próximo, se volvió y le disparó por última vez; el sargento también accionó su fusil, y prácticamente a quemarropa (la camisa de la víctima estaba chamuscada en el lugar del orificio) le perforó el corazón. Céspedes, ya sin vida, cae por un barranco de más de seis u ocho metros de profundidad. Durante unos quince minutos más prosigue el tiroteo hasta que los españoles, al no recibir respuesta, pasaron revista al lugar y reunieron a los escasos prisioneros, casi todos mujeres y niños.

El cadáver, única baja del asalto fue izado y llevado ante el jefe de la columna. Panchita, inconscientemente, mediante su dolor, reveló la identidad del caído. De inmediato son ocupadas sus pertenencias, el diario, entre ellas, saqueado el lugar e incendiado el caserío. El jefe español no dilató la partida, llevaba una presa muy valiosa, el cadáver del iniciador de la Revolución, por lo que lo colocaron sobre un



mulo y emprendieron el camio de regreso a la costa. Céspedes cumplimentó lo que había dicho siempre, que no sería capturado con vida por el enemigo, murió como uno más de los miles de mambises, hombres sencillos y humildes, que respondieron a su llamado del 10 de octubre de 1868.

De lo que sí estoy convencido es que Céspedes fue allí absolutamente libre desde la perspectiva política; libre del yugo colonial de España, el primero en serlo, libre de sus ataduras con el poder revolucionario cuando fue echado de este y no titubeó ni un segundo en rechazar la opción de recuperarlo; acaso quedó dependiendo solamente de los demonios interiores, sus pesadillas y las dificultades que, a esa altura de su vida, aquejaban a sus afectos, ese tipo de problemas de los que el hombre solo puede librarse con la muerte. Es digna de atención su conversación en San Lorenzo con una mujer negra de las inmediaciones, una liberta que le pide interceda ante una decisión del prefecto del lugar y que se dirige a él con el apelativo de "Mi presidente, mi amo", a lo que Céspedes le responde afectuosamente "Yo no soy ni tu presidente, ni tu amo, yo soy tu hermano". Esa larga parábola de transitar de terrateniente dueño de esclavos a expresarle tal respuesta a la sencilla mujer de la anécdota, es, a mi juicio, un hecho representativo de los cambios propiciados por la Revolución, de los que Céspedes fue la avanzada.

Su último diario es la bitácora de viaje del primer hombre libre de Cuba. Céspedes se entregó por completo, abandonando lo material, posesiones y propiedades, sacrificando la felicidad de sus seres queridos y su carácter; tal como reparó Martí, quien estudió al hombre a fondo. Céspedes se entregó a la causa de Cuba con una limpieza de actuación que merece el reconocimiento y el respeto perenne de todos sus compatriotas.

Carlos Manuel de Céspedes y el principio de nación

Dr. C. Olga Portuondo Zúñiga
Historiadora de la ciudad

En el transcurso de la Guerra de los Diez Años, la creencia en la Virgen del Cobre servía de estímulo al esfuerzo grandioso de unión de todos los cubanos, a pesar del espíritu conservador que durante toda la contienda animó a la Iglesia Católica y que se convirtió en apoyo incondicional a la causa española.

La imagen de la Caridad del Cobre se confundió de inmediato con la causa revolucionaria independentista, y

fue a ella a la que se identificó con el sobrenombre de La Virgen Mambisa, tal y como expone Emilio Bacardí en su novela testimonial Vía Crucis.

El Día de Todos los Santos del año de 1868, el comandante de armas de El Cobre pidió a su capellán José Caridad Acosta poner a su disposición el Santuario para la defensa de la villa al aproximarse los insurrectos por el camino desde Palma Soriano el 23 de noviembre. Las tropas españolas fueron evacuadas hacia Santiago de Cuba, y junto con estas se trasladaron en dos cajas -y en dos ocasiones- algunas alhajas y prendas de la Virgen ante el temor de que fueran profanadas. Se especuló en el cabildo sobre el traslado de la imagen, pero no se tomó la decisión. Otros muchos objetos del culto también permanecieron allí tales como la nube y repisa de plata con todos sus adornos sobre las que se colocaba la imagen, el resplandor y la corona de oro con todos sus adornos, el trono grande procesional, una tabla de caoba de una vara y pulgada de largo y cuarta de ancho, forrada en plata, etc.

Pocos meses después de iniciada la lucha por la independencia de Cuba, el 2 de enero de 1869 el jefe insurrecto Félix Figueredo ocupó el poblado de El Cobre. El historiador español Antonio Pirala en su obra Anales de la Guerra de Cuba relata un hecho revelador de los principios sustentados por Carlos Manuel de Céspedes respecto a la futura nación cubana.

Él visitó el santuario ante la presencia de las tropas mambisas y los moradores, quienes "acompañándose con sus tumbas, marugas y otros instrumentos de origen africano", le rindieron un tributo patriótico a la Virgen de la Caridad del Cobre. Más que sagrado, era un gesto político del Padre de la Patria, que reconocía la tradición religiosa criolla y estimaba la devoción por la Virgen del Cobre como poderoso recurso de unión entre los cubanos.

Muy cubana es la copla que se dejaba escuchar en los campamentos insurrectos durante la Guerra de los Diez Años:

Virgen de la Caridad,
patrona de los cubanos,
con el machete en la mano
pedimos la libertad.

De la devoción del Padre de la Patria por la Virgen de la Caridad del Cobre, tenemos su propio testimonio en carta a su esposa Ana de Quesada: "Recibí la medalla de la Caridad y la traigo siempre puesta. Sin embargo, habría deseado que la conservaras tu porque has de tener más merito con ella que soy un pecador endurecido.

Reiniciada la lucha por la independencia desde 1895, en la tradición religiosa popular permanecieron los mismos principios de ética patriótica unidos al culto de la virgen cobrera. Nuevamente las coplas ofrecen el testimonio de la devoción más extendida entre los revolucionarios independentistas:

Es menester que no hubiera
en El Cobre Caridá
que allí esa señora está
pidiendo por los cubanos
con la bandera en la mano
que viva la libertá
Ay Dio! Gran Dio!

En el último cuarto del siglo XIX, la ética patriótica del culto a la Virgen del Cobre se nutrió de su relación con las aspiraciones reivindicativas de los mambises en la manigua, y de la utopía de la nación concebida por muchos durante la lucha, hasta que fue imposible desligarla de la personalidad nacional.

Carlos Manuel de Céspedes: el Cincinato cubano

Dr. C. Jorge Olver Mondelo Tamayo. Universidad de Oriente, Cuba
Adriano Mustelier Giro. Estudiante de Derecho, Universidad de Oriente, Cuba

Hace mucho escuchamos la historia de un viejo varón romano que salvó en tiempos de crisis a la República, para volverse luego a sus tierras, al noble oficio de agricultor. Su nombre era Cincinato y su ejemplo trascendió los tiempos por lo invaluable del gesto. Cuando hablamos de la historia cubana y de la figura de Carlos Manuel de Céspedes no podemos menos que recordar su vocación de servicio noble y desinteresado; el patricio bayamés es, si no el único, nuestro más icónico Cincinato.

Carlos Manuel de Céspedes, es una figura célebre en la historia cubana y pionero de la lucha independentista. Con mucha frecuencia se le recuerda por haber iniciado la guerra contra España, dar la libertad a sus esclavos y llamarlos a la lucha como hermanos. Sin embargo, también dejó un legado como jurista formado en las universidades más prestigiosas de su época, conocimientos que luego puso al servicio del proyecto nacional reivindicado en Guáimaro. Su compromiso con la causa del derecho y la libertad marcaron un hito en la historia de Cuba y en la expansión de los ideales de justicia y soberanía.

Hacia 1838, en la Real y Pontificia Universidad de La Habana, Céspedes logró el grado de Bachiller en Derecho Civil, sentando así los cimientos de su formación como jurista. Dos años más tarde, partió a España para completar sus estudios, obteniendo la licenciatura de Derecho en la Universidad de Barcelona y doctorándose en la Universidad Central de Madrid. Estas experiencias académicas contribuyeron no solo a su desarrollo profesional, sino también a su compromiso con la defensa de los derechos y la libertad de su pueblo. Su paso por Europa le valió el contraste entre la realidad colonial que vivía y los aires del constitucionalismo moderno en expansión.

Céspedes ejerció la profesión tras su regreso a Cuba (1844), estableció su bufete en Bayamo, ciudad en la que combinó su labor como abogado con su pasión por la poesía y la escritura, defendiendo enardecidamente la causa de Cuba en sus trabajos. Con el paso de los años se fue consolidando el sentimiento independentista frente al anexionismo y el colonialismo, así como los valores republicanos como alternativa a la forma monárquica de gobierno.

Mostró simpatía temprana por la causa de los más necesitados y sus derechos. El grito de Yara, en 1868, es de las más hermosas páginas que hasta hoy guarda la historia nacional. No era posible la independencia sino entre hombres libres, sin importar el color de la piel o su status social. Este uno de los más grandes hitos del anhelo independentista cubano, que solo era posible la República como la pensó luego Martí, con todos y para el bien de todos. El sueño republicano en Cuba rindió culto desde sus inicios a la dignidad humana.

Pero no habría República en Armas sin forma legal. En medio de las adversidades, las diferencias de criterios en torno a la Revolución, fue proclamada la Constitución de Guáimaro el 10 de abril de 1869. Carlos Manuel de Céspedes desempeñó un papel crucial en la Asamblea Constituyente. La Asamblea de Guáimaro se destacó por lograr un frente de combate unificado, presentando un esfuerzo colectivo para enfrentar la dominación española y garantizar la independencia de Cuba. Aunque surgieron discrepancias políticas que persistieron durante la Guerra de los Diez Años, el legado de Guáimaro fue la adopción de una Constitución y una estructura gubernamental republicana que reflejaba los ideales de libertad y unidad.

La discusión en torno a la figura de Carlos Manuel de Céspedes durante la Asamblea y su elección como el primer Presidente de la República en Armas, arroja interesantes aspectos sobre el fenómeno del caudillismo y las percepciones en torno a la concentración de poder en aquel contexto histórico. La postura predominante en Guáimaro, que abogaba por evitar la concentración de poder en manos de un solo líder, ha sido interpretada en la historiografía cubana de muchas formas, dando paso a interesantes debates sobre la mayor o menor autonomía del mando militar o del mando civil.

Aunque la distribución del poder es lo que más ha llamado la atención de los investigadores debido a su trascendencia para el destino de la guerra esa primera constituyente dejó otros importantes aspectos para el análisis. Sentó las bases legales para la abolición de la esclavitud, formalmente decretada por Céspedes un año después. También se adoptó la enseña nacional y se reconoció el valor simbólico de la bandera que ondeó Céspedes en Demajagua. Se recoge la participación de la mujer cubana representada por Ana Betancourt.

Desde los primeros momentos de la guerra Céspedes mostró su compromiso con las causas más justas y su disposición al sacrificio en nombre de la libertad. Ello se expresó en Guáimaro, salvando la República a las diferencias. Lo hizo también al momento de su destitución, al entender que el proyecto de República superaba cualquier pretensión personal. Por eso, recordarle como un Cincinato, es una cuestión de justicia histórica con el hombre que ya destituido, asumió que por él no se derramaría más sangre en Cuba.

El legado de Céspedes perdura como símbolo de valor, dignidad y compromiso con los ideales de justicia y libertad que inspiraron a toda una nación en su búsqueda de su identidad y soberanía. Por estas razones, cada año la Unión Nacional de Juristas de Cuba otorga el Premio Nacional de Derecho "Carlos Manuel de Céspedes". El premio fue aprobado en el año 2005, en el VI Congreso de la organización, con el fin de reconocer la trayectoria destacada de juristas cubanos, como el más alto reconocimiento a los resultados obtenidos en el ejercicio profesional, la docencia o la investigación.

Antonio Maceo sus vínculos con Carlos Manuel de Céspedes: el "inmortal"

Dr. C. Damaris A. Torres Elers.
Universidad de Oriente, Santiago de Cuba

El protagonismo alcanzado por el joven Antonio Maceo Grajales le permitió relacionarse con distintas personalidades del mambisado con quienes intercambió de manera epistolar o personal en diversas oportunidades; este es el caso de Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de la Guerra de los Diez Años y primer Presidente de la República de Cuba en Armas.

Ambos próceres tuvieron referencias mutuas, el primero, desde la condición de líder del alzamiento en el ingenio Demajagua y presidencia de la República de Cuba en Armas y el segundo por la rápida y exitosa carrera militar, reflejada en partes y comunicaciones remitidos por sus jefes al gobierno y su máxima dirección.

Es la actividad desplegada por Antonio Maceo durante la invasión a Guantánamo de 1871 a 1872, la que propició el primer acercamiento epistolar que se conoce y el primer encuentro. Esta campaña dirigida por el mayor general Máximo Gómez contribuyó al rápido desarrollo de las capacidades de mando de varios oficiales entre ellos el coronel en funciones Antonio Maceo.

Los resultados de estas exitosas operaciones fueron de conocimiento de Céspedes a través del informe que el 27 de enero de 1872 le escribió Gómez: "La conducta observada por el Coronel Jefe de Operaciones de la Jurisdicción de Guantánamo, ciudadano José Antonio Maceo, es muy digna del puesto que ocupa, por su valor, pericia y actividad". Esta conducta propició su propuesta de ascenso a coronel al joven oficial, recibida el 22 de marzo de 1872, firmada por el Presidente Carlos Manuel de Céspedes.

Días después, el 16 de abril desde El Colorado el Padre de la Patria emitió varias cartas de felicitación para algunos oficiales destacados en las operaciones en Guantánamo entre ellos Antonio Maceo. En esta, al parecer su primera epístola conocida, reflejó los criterios favorables que se había formado del Héroe de Baraguá aun sin conocerlo personalmente:

[…] hace algunos días que a mi noticia ha llegado haber paralizado el enemigo sus operaciones en Guantánamo, este hecho que puede ser efecto de varias causas, reconoce indudablemente como primer motivo las brillantes operaciones y heroicos esfuerzos de los cubanos que en ese territorio contra los españoles combaten, operaciones y esfuerzos con los que ha sabido usted conquistar la gloria que justamente va unida a su nombre y es de todos confesada y reconocida.

Además de reconocer sus cualidades lo exhorta a continuar la conducta mantenida hasta el momento como, "modelo de valor, actividad y subordinación". Estos criterios se corroboraron dos meses después cuando las tropas al mando de Gómez se concentraron en Arroyo de Macurijes, el 26 de mayo de 1872, sitio donde se recibió la visita del Presidente de la República.

En esta ocasión fue el coronel Antonio Maceo Grajales quien dirigió las tropas que rindieron honores a tan ilustre visitante, encuentro que causó gran impresión al hombre de Yara que así lo manifestó a su esposa Ana de Quesada "Gómez me presentó al Coronel José Antonio Maceo, es un mulato joven, alto, grueso, de semblante afable y de mucho valor personal".

Al mes siguiente, tuvo la oportunidad de percibir personalmente el accionar militar del coronel Antonio Maceo en la victoria obtenida en el combate de Rejondón de Báguano, el 29 de junio donde los mambises al decir de Céspedes: "quedamos completamente dueños del campo de batalla".

En los meses siguientes Maceo recibió orden del mayor general Calixto García de auxiliar la expedición del Fanny, comandada por el general Julio Grave de Peralta, la cual fracasó. De esta etapa es la carta de Céspedes a Maceo del 1° de agosto de 1872 en que pregunta por los resultados de la misión, interesante pues en su despedida extiende el saludo a la insigne familia del que llamó amigo y hermano (eran masones), lo que hace suponer que, conoció algunos miembros de la Tribu Heroica, especialmente su esposa María Cabrales, y los hermanos que junto a él escribían páginas de gloria: "Celebraré que Ud. goce de buena salud, lo mismo que su apreciable señora y demás familia para que disponga como guste de su afectísimo amigo y hermano".

Es evidente el aprecio, estimación y valoración del Padre de la Patria acerca de las cualidades humanas y militares del joven santiaguero de quien expresó en carta al Sr. Miguel Daris, "[…] es uno de nuestros buenos patriotas y acreditado militar". Estas opiniones y los resultados exitosos en las acciones combativas algunas presenciadas por el propio Céspedes como las de Rejondón de Báguano, avalaron el ascenso a Brigadier propuesto por Calixto García que Maceo recibió de manos del presidente el 8 de junio de 1873 en El Purial.

Sin embargo, esta relación de amistad se vio un tanto eclipsada por parte de Céspedes cuando cumpliendo órdenes del mayor general Calixto García, el brigadier Antonio Maceo participó en la concentración de fuerzas que apoyaron en Bijagual la deposición del Presidente el 27 de octubre de 1873, cuestión que Céspedes conoció. El 2 de diciembre anotó en su diario: "Calvar y A. Maceo entraron al parecer en la conspiración contra mí".

Aunque el tema en cuestión no es el motivo de análisis, consideramos necesario señalar que la inexperiencia política del entonces Brigadier de 28 años, no le permitió valorar en toda su magnitud el hecho, por el que además poco podía hacer. Varios años después alcanzó la madurez necesaria para refutar abiertamente algunas decisiones de sus superiores por ejemplo, Lagunas de Varona, Santa Rita y el Pacto del Zanjón.

A pesar de las circunstancias la imagen del que consideró "inmortal" y su papel en nuestra historia patria estuvo siempre presente en Antonio Maceo, así lo plasmó en diferentes documentos como la carta escrita a José Antonio Rodríguez una de las más importantes por su contenido político: "Imitemos pues la grandeza y generosidad de Céspedes". A José Martí escribió: "busque la solución de sus desgracias, y la salvación de su porvenir, en aquellos hermosos campos regados ya; Ay! Con la preciosa sangre de tantos mártires y héroes enarbolando otra vez la gloriosa bandera que alzaron valientes en Yara Céspedes y Aguilera".

Para Maceo la guerra de 1895 fue continuidad del 68, no por casualidad nombró con similar nombre El Cubano Libre, al periódico cuya edición propició Céspedes con el cual le rindió homenaje.

"Todo el que sirvió es sagrado": visión martiana de Carlos Manuel de Céspedes

M.Sc. Zoila Rodríguez Gobea. Universidad de Oriente. Santiago de Cuba
Dr. C.Manuel Fernández Carcassés. Universidad de Oriente. Santiago de Cuba

En la valoración de José Martí sobre Carlos Manuel de Céspedes salta a la vista que la evocación es, fundamentalmente, a la acción revolucionaria y no se profundiza en el pensamiento revolucionario. No se trata de superficialidad en el análisis ni de una omisión intencional. Sospechamos que el asunto se resume a una ausencia de fuentes para juzgar, que el Maestro no disponía -como hoy nosotros- del epistolario cespedista ni de sus diarios ni prácticamente, ningún escrito salido de su cosecha. En cambio sí conocía de su ejecutoria por los testimonios que, sobre el ilustre patricio, le llegaban a menudo. Ocasiones hubo en las que solicitó información a guerreros de la Guerra Grande para ser: "cronista, ya que no puedo ser soldado".

La virtud martiana de descubrir esencias le permite identificar en los hechos que cuentan de Céspedes y en el estudio detallado de su praxis política, los rasgos más determinantes de su ideología, así como los contornos más visibles de su personalidad. Aunque le faltaron las oportunidades de revisar la documentación cespedista y de estructurar un estudio profundo de su pensamiento; en sus discursos conmemorativos al 10 de Octubre, sin hacer uso de su nombre lo alude "…aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre, y se trocaron en padres de nuestro pueblo;…"

El ya desaparecido escritor Cintio Vitier, buscando el acercamiento de José Martí a Carlos Manuel de Céspedes, propone una periodización, a la que nos afiliamos por considerarla muy válida y sobre todo para quienes deseen iniciarse en los estudios del proceso independentista cubano de 1868. El ensayista cubano alcanzó ver en la obra martiana un enaltecimiento de las acciones de Céspedes, muestra su respeto y admiración por esos hombres que lucharon junto a él despertando la Patria adolorida de tanto vejámenes más que de su pensamiento político y social. Puede comprenderse esta actitud al momento inicial de vinculación con Céspedes, que se corresponde con sus años de adolescencia como alumno de Mendive, y en los que se evidencia una gran comunión emocional con todos los que protagonizaron la hombrada del 10 de octubre de 1868, en primer lugar Céspedes, y como ejemplo de esto, en su discurso conmemorativo, pronunciado en 1887 encontramos […] Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de la Demajagua, cuando los ricos desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear, sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella…"

En el discurso conmemorativo del 10 de octubre de 1891 da un paso más cercano al líder bayamés, pero sin mencionarlo: […] Aquellos padres de casa, servidos desde la cuna por esclavos, que decidieron servir a los esclavos con su sangre y se trocaron en padres de nuestro pueblo; y todo el que sirvió es sagrado!

Un segundo momento lo ubica tras la incorporación de Martí a los preparativos de la Guerra Chiquita y al posterior fracaso de esta, donde el Maestro actúa casi como historiador, pero en verdad más como político sagaz que ha visto que muchos de las claves del triunfo de cualquier contienda por venir, están en saber sacar las experiencias de las contiendas pasadas, muestra su admiración y da valor a esos hombres a su grandeza en poder dejar todo atrás, hermanarse la razón con la acción y su entrega a la Patria: " Con velar por la patria sin violentar sus destinos con nuestras pasiones: con preparar la libertad de modo que sea digna de ella !.

Y como tercer momento, aporta el poeta ensayista aquel que llama la fase simbólica, es decir, aquella en que ya no se trata de su valoración crítica sino de incorporarlo a la prédica revolucionaria como una fuerza emocional y emblemática.

Hay en José Martí, varias constantes que se repiten en los distintos momentos sabiamente definidos por Cintio Vitier, como:

-una desbordada admiración por su obra: "Es preciso haberse echado alguna vez a un pueblo a los hombros….".

-Un propósito marcado de no alebrestar las discrepancias, de no exaltar lo que pudieran considerarse lunares en la trayectoria de los Héroes, antes bien, procurar una visión de ellos en la que lo valioso, lo puro, lo ejemplarizante, opaque lo que de negativo pudiera haber existido. Aunque Martí no fue ni nunca se propuso ser un historiador en el sentido más académico del término, su obra era ante todo política, y se trataba del destino de un pueblo, a unirlo y a formarlo en la devoción hacia sus fundadores.

-Una reivindicación de la vigencia de su pensamiento y su obra

-Un estilo que no repara en cuestiones puntuales, aisladas, sino que penetra en los aspectos esenciales

-La capacidad para discernir el alcance político de una acción de un gesto, y el valor social de este, lo cual se expresa cuando se afirma que la trascendencia de Céspedes, el 10 de Octubre, no se debe sólo al hecho de haber proclamado ese día la independencia nacional, sino -y sobre todo- porque ese día proclamó la libertad de los esclavos.

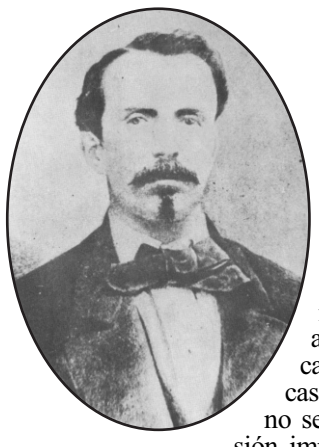
-La declaración de continuidad de la lucha iniciada por Céspedes, bajo nuevas condiciones, pero a partir de los mismos principios y en aras de los mismos objetivos estratégicos.

Es sorprendente, al analizar los criterios de Martí sobre Céspedes, su capacidad para juzgar tan acertadamente las contradicciones de los primeros años de la Guerra de los Diez Años, y concluir que el dilema Céspedes -Cámara de Representantes con motivo de las formas que mejor servirían, a juicio de cada uno de ellos, al gobierno que se diera a la República en armas, ambos tenían razón- en efecto- pero la Cámara lo tenía segundamente. Magistral manera de resolver un asunto que, a no dudarlo, sigue siendo esencial en nuestro devenir.

Si bien Martí no contó con el arsenal de fuentes que le permitieron realizar un estudio enjundioso del pensamiento cespedista, su penetrante lógica pudo llevarlo a adelantar para la posteridad juicios muy acertados sobre el Padre de la Patria.

Valores trascendentes de dos crónicas de Armando Leyva Balaguer sobre Carlos Manuel de Céspedes

Dr. C. Israel Escalona Chadez. Universidad de Oriente, Santiago de Cuba
M. Sc Julieta Aguilera Hernández. Universidad de Oriente, Santiago de Cuba



La personalidad de Carlos Manuel de Céspedes ha motivado cuantiosas aproximaciones historiográficas y literarias. En algunos casos estos escritos se olvidan o no se valoran en su justa dimensión, importancia y trascendencia.

Tal es el caso de textos de Armando Leyva Balaguer (Gibara, 1880 -La Habana 1942), cuya obra cronística no es suficientemente resaltada, aun cuando Antón Arrufat desde 2012 se propuso el rescate de esta personalidad, en la conferencia incluida por Alberto Garrandés en el libro Escritores olvidados de la república, pues su esfuerzo se limitó a resaltar características significativas de la creación narrativa de Leyva.

En el libro Museo, publicado en 1922, y concebido como parte de la contribución al financiamiento del nuevo recinto para el museo municipal de Santiago de Cuba, fundado en 1899 y frecuentemente mudado a varios sitios inadecuados, Armando Leyva Balaguer incluyó dos crónicas evocadoras de la personalidad de Carlos Manuel de Céspedes: "El revólver de Céspedes" y "El negro Lencho".

En "El revólver de Céspedes", aparecido en el acápite "Las reliquias patrióticas", acude a los resortes discursivos del género biográfico para reconstruir, a partir de la descripción de objetos personales atesorados en el museo, pasajes significativos de la trayectoria de sus propietarios.

Así el cronista narra el trayecto vital del patricio bayamés desde el 10 de octubre de 1868 hasta su deceso el 27 de febrero de 1874, a partir del uso que le dio a esta arma de combate durante su participación protagónica en la Guerra de los Diez Años.

El oficio literario de Leyva se percibe en el modo que acude a la descripción de las manos del Padre de la Patria -las cuales define como "señoriles"- para revelar la proyección psicosocial de este como un hombre comprometido con la causa revolucionaria, amante de las bellas artes, de carácter rebelde e inteligencia cultivada. Luego conecta su descripción de estas articulaciones del prócer con el revólver, el modo y las numerosas ocasiones en que lo empuñó en combate, tanto para defenderse ante la furia enemiga, como para enfrentar a sus adversarios y abrir con tales acciones la brecha hacia la libertad de sus coterráneos.

Resulta interesante la identificación que logra establecer el autor con la figura biografiada a través de las licencias literarias propias del denominado "narrador ambiguo", quien narra con la segunda persona gramatical y habla a sí mismo a la vez que le habla al lector, para ordenar de manera imperativa las secuencias que describen los últimos minutos de vida de Céspedes en San Lorenzo, desde la distancia diacrónica que lo separa del tiempo y el suceso en sí mismo. Simultáneamente, concurre a la omnisciencia personal como convención literaria para enfatizar -desde una descripción emotiva- el modo en que el prócer utilizó su revólver para quitarse la vida ante el inminente cerco de las tropas españolas a su campamento. Esta manera de reconstruir el hecho, lejos de apegarse a la 'verdad histórica' -porque no constituye motivo de preocupación para el autor-, tiene la intencionalidad de persuadir al lector sobre la significación que tuvo la muerte en combate del patricio bayamés en un momento de crisis institucional dentro de la República de Cuba en Armas.

Al lector contemporáneo hay que advertirle, sobre algunas imprecisiones históricas en las que recae el autor, no por desconocimiento ni mucho menos por espíritu manipulador, sino por apoyarse absolutamente en los criterios en boga. Tal es el caso del supuesto suicidio de Céspedes, cuando al reseñar el revólver del patricio atesorado en el museo acota que con el arma: "puso el desesperado y horrendo punto final a su vida llena de proezas, hidalguías y sacrificios sin límites".

Dentro de este tipo de crónicas, de las cuales también forman parte "Un frac de Martí" y "El sombrero de José Maceo", destaca la exaltación romántica de los biografiados como adalides del proceso independentista cubano durante las tres décadas conclusivas del siglo XIX, una visión que formaba parte de un proceso de resurgimiento de la conciencia nacional dentro de la intelectualidad insular, manifestado en el rescate del legado histórico asociado a las contiendas libertarias y sus protagonistas.

En la crónica "El negro Lencho" se encamina hacia la crónica biográfica como vertiente sub genérica en su utilidad como fuente para los estudios históricos de la localidad.

Con el fin de explicar la excepcionalidad del personaje biografiado, al inicio del texto, el cronista expresa: "No se trata de un objeto más del museo. El negro Lencho no es un cacharro histórico, no es una momia como la que trajo el señor Bacardí para ornamento de la institución por él creada. El negro Lencho no está en el museo; está al margen […]".

Esta crónica representa el primer acto de justicia histórica para un hombre relegado por la memoria colectiva de los santiagueros, ya que de manera puntual se ofrecen datos sobre aquel humilde albañil del Cementerio Santa Ifigenia, nombrado Prudencio Ramírez (Lencho), que dio sepultura al cadáver de Céspedes y mantuvo en secreto la ubicación de sus restos mortales durante diecinueve años.

El cronista apunta cómo el humilde sepulturero sacrificó muchas noches de sueño para asegurarse de que los restos venerables -enterrados en una fosa común, aunque señalizados con un tumulto de piedras- no fuesen profanados ni confundidos con otros, para que en un futuro no muy lejano los cubanos tuviesen la oportunidad de rendirle el merecido tributo.

Leyva prescinde de acudir a la precisión cronológica sobre los hechos narrados, lo cual incita a la búsqueda sobre los muchos avatares que sufrió Carlos Manuel de Céspedes desde su caída en combate hasta su sepulcro definitivo.

Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo: ícono en el panorama cultural de su tiempo

Autor:M.Sc. Grabiel Vargas Guevara
Universidad de Oriente, Santiago de Cuba

Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, el iniciador de nuestro proceso revolucionario se sitúa entre las figuras más significativas en la historia de la nación cubana. El hombre del 10 de Octubre, en la memoria colectiva de la nación se ha construido como un prócer independentista, el investigador Alfredo Mestre Fernández ha explicado al respecto: "La efigie revolucionaria de Céspedes ha opacado las demás cualidades de su personalidad polifacética, […] fue un prosista de puño firme y un poeta que se inspiró en la naturaleza y en la mujer".

Su quehacer constante a favor de la cultura de su ciudad natal lo convirtieron en un icono en el panorama cultural de su tiempo que trascendió la jurisdicción de Bayamo, al respecto el investigador Rafael Acosta de Arriba ha explicado:

Su personalidad intelectual, sin embargo, fue superior a su producción literaria. Fundador de las Sociedades Filarmónicas de Bayamo y Manzanillo, traductor, cronista de viajes, director de puestas en escena de teatro, actor, organizador de bailes colectivos y de veladas y debates literarios, declamador y organizador de concursos de declamación, unido a su ejercicio sobresaliente de la abogacía, con los más importantes clientes en el valle del Cauto, todo ello hizo de Céspedes una personalidad conspicua, atractiva y sumamente imantadora de fieles y admiradores que más tarde, en el momento preciso, lo siguieron en la hombrada del alzamiento independentista

Céspedes y el deporte

Manuel Anastasio Aguilera un contemporáneo de Carlos Manuel de Céspedes lo describió de la siguiente manera: "De pequeña estatura, aunque robusto, bien proporcionado, de fuerte constitución y ágil en sus movimientos, bien parecido y de arrogante figura. Se distinguía mucho en el baile y la equitación, y era esgrimista y gimnasta y se le citaba como perito en ajedrez y como el traductor de sus leyes".

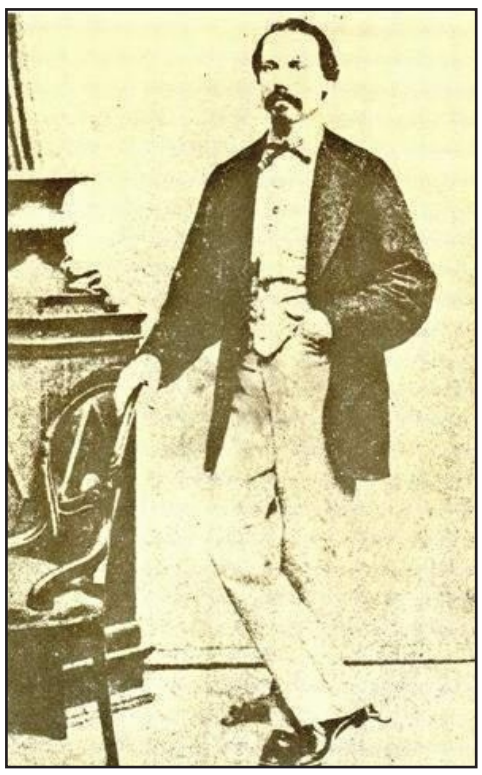
Céspedes fue promotor de la realización de las simultáneas de ajedrez en su ciudad natal, su afición por el juego ciencia lo llevó a traducir del francés al español del libro escrito por el famoso maestro Luis Charles de Labourdonnais "Las leyes del Juego de Ajedrez", el cual fue publicado en el periódico El Redactor, de Santiago de Cuba, a partir del 4 de octubre de 1855.

Céspedes nunca pudo librarse de esta práctica, que lo acompañó a la manigua redentora, e incluso en los últimos días de su vida. Citemos una de las cartas dirigidas a su esposa fechada el 15 de julio de 1871: "[…] con el primero de confianza que venga un tablero de ajedrez propio para la campaña con sus piezas y el mejor tratado de ese juego que se haya publicado en cualquiera de las lenguas que yo entiendo […]". Enrique Collazo y Tejeda narra que a su llegada al campamento donde se encontraba el Gobierno de la República en Armas: Encontramos al presidente Céspedes jugando una partida de ajedrez.

Cantos al Turquino y al Cauto

Como hemos dicho con anterioridad en el cuerpo de este trabajo la poesía de Carlos Manuel de Céspedes se inspiraba en la naturaleza y en la mujer. El entorno natural que circunda a la ciudad que lo vio nacer y convertirse en uno de sus hijos más prodigiosos, acogía a dos de los principales atributos naturales de la nación cubana haciendo del paisaje de la región un páramo maravilloso que no escapó de la inspiración de Céspedes que llevaría a versos sus impresiones de tan elocuente obra de natural.

Al pie del Monte Turquino (fragmentos)
Tú, que a la luz del sol en la alborada
como un punto brillante, resplandeces,
y una estrella clarísima y rosada
en el espacio fija me pareces:
tú eres, sin duda, el monte donde quiso
Dios para Eva hacer el Paraíso.
Al Cauto (fragmentos)
"Naces, ¡Oh Cauto!, en empinadas lomas.
Bello, desciendes por el valle ufano;
Saltas y bulles, juguetón lozano,
Peinando lirios y regando aromas".
Luego de arranque fervoso domas,
y hondo, lento callado, por el llano
te vas a hundir en el inmenso océano:
tu nombre pierdes y sus aguas tomas.



Quizás Carlos Manuel de Céspedes nunca sospechó que de su prosa se diera a conocer la Primera Declaración de Independencia de su patria. Es precisamente el Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba, un canto al noble propósito de constituir una República soberana donde todos los hombres fueran iguales, y se pronuncia por el respeto de las propiedades y de la vida de la ciudadanía pacífica, sin promover el odio hacia los españoles. Podemos decir que en buena medida hubo mucho de la línea del pensamiento cespedista en los principios que José Martí plasmó en el Manifiesto de Montecristi.

EL CUBANO LIBRE
Directora: Olga Thaureaux Puertas. Diseño y formato Endri e Hiram. Editado por el Periódico Sierra Maestra en coordinación con la UNHIC y la Oficina de Asuntos Históricos del Comité Provincial del PCC en Santiago de Cuba.